

CUENTO

EL TESORO PERDIDO Por J. Jesús Ruvalcaba R.

Aquella mañana Filemón González, oficial de la policía municipal realizaba su rondín ordinario; su vieja bicicleta Regal rechinaba al avanzar por los hoyos de la calle. Un perro con la cola enroscada hacia arriba y los hijares sangrantes a consecuencia de la sarna le persiguió casi una cuadra, ladrándole e intentando morderlo. Filemón, haciendo piruetas y cabriolas logró deshacerse del animal, no sin antes haberle asestado un soberbio macanazo por el flaco costillar. -perro hijo de la chingada, por poco y me muerde- pensó para sus adentros en tanto seguía pedaleando su medio de transporte; al llegar al cruce de las avenidas Sor Juana Inés de la Cruz y Rayito de Sol miró hacia el poniente advirtiendo que un grupo de vecinos se aglomeraban allá por el rumbo de la Avenida Central, pensó de inmediato que algo pasaba y decidió encaminarse hasta el lugar de la reunión.

Viró el manubrio de su bicicleta hacia la izquierda esquivando con habilidad un charco de agua salitrosa, lleno de basura y de botellas vacías de ron, tequila y brandy. Observó el más de medio kilómetro que le separaba de la reunión y le entraron unas ganas enormes de regresarse, hubiera preferido en ese momento estar en su casa, saboreando una aromática taza de café “al Gusto” de hecho es lo que iba a hacer cuando enfiló por la Avenida Sor Juana, pero la tentación y el morbo por saber que acontecía fue superior al frío de la mañana y a la desvelada, así que prefirió aguantarse el hambre y el cansancio y saber que era lo que hacía que hubiera tanto mirón.

La Avenida Rayito de Sol era igual al resto de las grandes avenidas que cruzan perpendicularmente al recién creado municipio; de aproximadamente veinte metros de ancho, hacia el oriente se pierde en el infinito de la llanura salitrosa dando la impresión de que termina en el cerro de Ixtapaluca, allá por La Magdalena, en tanto que hacia el poniente topa una y otra vez sin razón alguna con las zonas de servicios de las colonias “El Palmar y Estado de México”.sus casas son idénticas al resto de las casas de Cd. Nezahualcóyotl, de tabicón vibroprensado, con techos de lámina de cartón de color negro, las paredes grises son surcadas por líneas horizontales y verticales de arena y cal, ninguna cuenta con aplanado, mucho menos con pintura, son muy pocas las que cuentan con techumbre de concreto, éstas se pueden contar con los dedos de una mano, todo es monótono y horizontal. Sólo existe una construcción grande en toda la ciudad, es la que se encuentra ubicada en el cruce de las avenidas Rayito de Sol y Central, dicen que es en donde empieza la colonia Las Flores, la verdad es que es muy difícil saber a ciencia cierta a que colonias pertenecen las construcciones, puesto que cada una de las esquinas en ese lugar pertenece a colonias diferentes. Es una casa de tres niveles y sobre su techo está el único anuncio luminoso del municipio, quien sabe como le hicieron para tener energía eléctrica, es probable que con planta propia de luz; el anuncio es de la cerveza Corona. En la primera y segunda planta es donde está la mueblería Almacenes Galicia y en el piso de hasta arriba viven los españoles dueños de la misma. En la fachada se leen los siguientes anuncios: *venta de contado y a crédito, compre ahora pague después*. El resto del panorama es gris, las calles de terracería y sin guarniciones y banquetas, en las aceras, a manera de drenaje largos canales de aguas verdes y apestosas se cruzan entre sí en cada esquina; los vecinos saben cuales son los límites de las cuadras por los canales, en ellos, los vecinos han construido angostos puentes de madera para poderlos pasar, en

esos canales y en las calles abunda la basura, pero en lo que eufemísticamente se denominan avenidas, ésta se amontona hasta formar pequeñas montañas en las cuales los perros husmean en busca de algún desperdicio comestible. Por las calles polvosas o lodosas, según la temporada, las gallinas buscan con las patas y picotean el salitroso suelo en busca de lombrices, búsqueda inútil puesto que la salinidad existente impide el desarrollo de cualquier tipo de vida.

A medida que Filemón se acercaba a la reunión recordaba que en el cruce de las dos avenidas estaban tres grandes tubos de concreto, de esos que se utilizan para hacer los drenajes principales, abandonados en ese lugar, seguramente, por alguna de las compañías fraccionadoras y que servían de refugio a borrachines y pordioseros, quienes solían resistir las inclemencias del tiempo al cobijo de sus redondos techos. Se imaginó que alguno de ellos había tenido algún problema con los vecinos o tal vez riñeron entre sí por el derecho de posesión del lugar y por tal razón, iba deduciendo, la gente se encuentra arremolinada. Al llegar descendió de su bicicleta, la recargó en uno de los tubos, en tanto que los mirones se apartaban para dejarle el paso libre, puesto que Él en ese momento era el representante máximo de la autoridad, aunque en realidad era un simple policía raso, uno más de los seis que componían el H. Cuerpo de Policía. A Él le correspondía vigilar la región oriente del municipio, en tanto que a su otro compañero le correspondía la poniente; el tercero de los policías en servicio había sido asignado a la guardia del Palacio Municipal y el comandante, de hecho, solo cuidaba al Presidente Municipal. Trabajaban turnos de veinticuatro por veinticuatro, al siguiente día entraría otro turno compuesto por otros tres policías. ¡Ah! pero el comandante tenía que trabajar todos los días, pero solo lo hacía de día.

El descubrimiento del motivo de la reunión no le causó ningún asombro, era algo natural, de hecho tenía que suceder, pero la gente es así, por todo hace alboroto, por todo se junta, la verdad es que lo hace con el fin de ver si de casualidad llega algún periodista a tomar fotografías y puede que por suerte su rostro aparezca publicado en el periódico, eso le haría famoso, no cualquiera tiene la fortuna de salir en los periódicos, además, como la vida transcurre tan monótona en las colonias, cualquier acontecimiento, por insignificante que sea, es tema para platicar por varios días con los vecinos, después el acontecimiento es olvidado y se espera a que vuelva a suceder otro; así pasó cuando se ahogó “El Tagua”, era un conocido ratero, todo el mundo sabía de su existencia y esto determinó la importancia de su muerte, pero sobre todo por la forma en que murió, fue el primer ahogado en los estanques del canal de la compañía, además su muerte se sospecha que no fue accidental, tenía una pedradota en la cabeza, la policía dice que se la dieron los niños que lo descubrieron flotando, pero no es de creerse, lo más seguro es que lo mataron y después para evitar sospechas lo aventaron al charco. El Tagua era ratero pero no pendejo, así que no se iba a aventar al agua sin saber nadar, aunque se hubiera echado sus buenos pulques en San Loco, porque dice bien el dicho “no hay loco que trague lumbre”. En tanto Filemón hacía estas reflexiones se agachaba para ver dentro del tubo el cadáver del papelerero que yacía engarrado como camarón y bien tieso. Por la posición y expresión del difunto se podía determinar el origen de su deceso, los cuatro grados bajo cero de esa noche eran con seguridad la causa.

Apartó los papeles con los que se encontraba medio cubierto el cadáver, procediendo a revisar sus andrajosas vestimentas para cerciorarse si en occiso traía consigo algún documento que permitiera saber su identidad, o bien, el domicilio de algún familiar o conocido. Sacó de los bolsillos del derruido pantalón un paliacate color rojo ocre,

mugroso y lleno de mocos pero ningún documento. Giró el cuerpo para poder revisar los bolsillos del roído saco a cuadros, pero tampoco encontró nada de interés, sólo algunos periódicos y una estampita de la Virgen de Guadalupe casi despintada por efecto del sudor y el roce permanente con la ropa. De hecho estaba convencido de que aquel hombre no poseía nada que pudiera permitir su identificación, así que salió del tubo procediendo a preguntar a los mirones si alguien conocía a persona alguna que pudiera aportar elementos para su identificación; un rumor cundió entre los presentes, pero ninguno respondió a la pregunta. Filemón se introdujo de nueva cuenta en el tubo para hurgar dentro del costal de ixtle donde aquel hombre cargaba sus mercancías: trapos, botellas, alambre de cobre y papel periódico era su contenido, sin embargo llamó su atención un envoltorio cúbico en forma de tabique, que se encontraba en el fondo del costal, cubierto por periódicos, entre las comisuras de las burdas costuras de mecachilo. Sin apresurarse y con la cabeza dentro de la boca del costal deshizo uno de los dobleces del envoltorio y al mirar su contenido su sorpresa fue mayúscula, perfectamente acomodados y sujetos con ligas de hule látex, diez fajos formados con billetes de mil pesos era el contenido del rústico paquete. Sintió que el corazón se le escapaba del pecho al tiempo que las sienas le querían estallar por la presión de la sangre, un sudor frío recorrió toda su espina dorsal en tanto que las ideas se le cruzaban, le temblaron las piernas y sintió desmayarse. Nunca había visto en sus cerca de cuarenta años tal cantidad de dinero. Como pudo, y visiblemente nervioso trató de incorporarse, propinándose un fuerte golpe contra la pared superior del tubo, la guerrera se le cayó golpeando con la visera la cara del muerto. Recogió su gorra y volteó a ver a los mirones, quienes con una expresión de burla le abrieron paso para que saliera con todo y costal del agujero del tubo. Costal en mano y con vos ahogada indicó a los presentes que iba a dar parte para que fueran a recoger el cuerpo.

Abordó su bicicleta y zigzagueando enfiló por la polvosa calle con rumbo al oriente, al llegar a la calle Faisán dobló hacia su derecha disminuyendo la velocidad, el pedaleo se volvió lento, sintió ganas de parar y regresarse, irse a su casa, abandonar el empleo y largarse para su tierra, pero un sentimiento de remordimiento y el sentido del deber le hicieron reflexionar, él era un hombre honrado, nunca había robado y si se metió de policía fue porque no encontró trabajo en otra cosa. Recordó que en su casa lo esperaba su mujer y sus hijos, seguramente esperaban que llevara algo de dinero para la comida del día. Su mujer hacía más de dos años que no estrenaba vestido, sus hijos se veían obligados a vender paletas, acarrear agua, cuidar carros los domingos en el toreo y vender chicles para ayudar a solventar los gastos de la casa; el miserable sueldo de diecinueve pesos diarios con trabajos alcanzaba para medio comer, además, mensualmente tenía que dar el abono del terreno y eso significaba quitarle una quinta parte a su salario, también tenía que dar otros veinte pesos del abono de la cama y un montón de gastos en la escuela de los niños, con su sueldo no era suficiente para poder vivir con dignidad. El cuartucho de lámina de cartón que le servía de casa ya no era suficiente para albergar a los ocho miembros de su familia, los niños ya estaban grandes y queriendo o no se daban cuenta de cosas que a esa edad no deben saber, era urgente ampliarla para que los chicos contaran con un cuarto para ellos solos.

Cuando salió de su pueblo prometió a sus padres que en cuanto le fuera mejor iría por ellos para que dejaran de sufrir, pues la vida en el campo es dura, sobre todo cuando no se tienen tierras. Sembrar a medias o al tercio no conviene, quien se lleva la mejor parte es el dueño de la tierra. Los que la trabajan tienen que poner la semilla, el trabajo, tanto de ellos como de los animales y los demás gastos, además de que son quienes tienen que

cargar con los riesgos y las pérdidas, y al final, una miseria es lo que les deja el patrón; de ahí su decisión de jalar con sus padres. Seguramente ya teniéndolos con él sus hermanos los seguirían y la familia volvería a estar junta.

La piel morena del guerrerense se amorataba por el frío matinal, él era de tierra caliente y las temperaturas bajas le hacían mucho mal, pero no había de otra. A medida que se acercaba al Palacio Municipal su pensamiento vagaba, imaginándose lo que podía hacer en ese montón de dinero. Podría construirse una gran casa, comprar un rancho con mucho ganado y tierras de riego, una camioneta y ¿Porqué no? También un tractor; mandar a sus hijos a estudiar a una buena escuela de paga, y muchas cosas más. No cualquiera tenía tanto dinero, es más, estaba seguro que nadie en su tierra, ni siquiera el cacique Don Plutarco Castañón tenía con seguridad lo que él llevaba en el costal.

Al llegar a la esquina de Faisán y Cielito Lindo giro hacia su izquierda para dirigirse cruzando transversalmente el llano salobre, hasta el todavía en construcción Palacio Municipal, rodeo la obra y al llegar al pie de las escalinatas que permiten el acceso a la planta alta donde se ubican las oficinas administrativas, recargó su bicicleta en el muro sin terminados, entre los separos de la policía y la bodega de materiales, y con las piernas temblorosas y los pies como si fueran de plomo, inició el ascenso. Los veintidós escalones que lo separaban del piso superior le parecieron gigantes y el tiempo transcurrido en subirlos le pareció eterno, todavía ahí pensó en regresarse e irse a su casa, pero una fuerza superior lo obligó a seguir. El amplio vestíbulo con las paredes desnudas, frío y con aspecto tétrico, le hizo tambalear, titubeo un poco, miró las puertas, el piso, recorrió con la mirada las paredes, fijó la vista en la puerta de la comandancia; aún se encontraba cerrada y por tanto, no había a quien rendirle informe; sin embargo, algo lo impulsó a avanzar.

Los albañiles encargados de la obra se estaban preparando para iniciar sus labores, de varios sacos vacíos de cemento Tolteca extraían sus herramientas de trabajo: cucharas, martillos, llanas, amarradores, plomos e hilados; los peones recogían las palas, que recargadas contra una de las desnudas paredes, se asemejaban a viejas jorobadas, que cansadas de tanto andar, se recargaban en un muro de pueblo para respirar un rato. El ruido del chocar de los metales distrajo a Filemón, que antes de continuar avanzando observó la totalidad de las puertas, en algunas de ellas ya había movimiento, secretarías y oficinistas se movían con lentitud hurgando entre los archiveros y cajoneras pintadas de un triste color gris. Sobre los escritorios descansaban en desorden varios documentos, en tanto, las sillas de madera con asientos giratorios y pintadas también del mismo gris, esperaban ser ocupadas, como espera un ataud al muerto. Por los ventanales que dan hacia el norte, penetraban en forma oblicua los matinales rayos solares, y a lo lejos, las torres de alta tensión que de oriente a poniente recorren la recién constituida Ciudad Netzahualcóyotl, desde Xochiaca hasta la Subestación de la colonia Estado de México, se veían como fantasmas esqueléticos. Triste realidad, una subestación de energía eléctrica en el municipio y las calles en tinieblas. Los techos de cartón de las casas se veían húmedos por el rocío matinal, y a lo lejos una intensa humareda, seguramente de alguna casa incendiándose, enturbiaba el azul grisáceo del cielo. Más al norte, solo el brillo de las negras aguas de lo que hace no pocos años era el hermoso lago de Texcoco; a lo lejos se alcanzaba a divisar el cerro de Zumpango, confundido con el color del cielo.

Los zapatos comprados en el Taconazo de la plaza de La Soledad, raspados de la punta y con clara tendencia a sufrir una ruptura, soportando el peso del oficial de policía avanzaron sobre el piso gris oscuro de cemento, se detuvieron frente a la puerta que daba a la oficina central, la colocada entre las dos escalinatas. La puerta de triplay de segunda, sin relieves, lisa, sólo a la mitad y del lado izquierdo sobresalía una chapa de perilla que resaltaba por su intenso color oro contra el oscuro color caoba del resto de la superficie; se encontraba ligeramente abierta, no se escuchaba ningún ruido en el interior de la oficina. Filemón no sabía si entrar o quedarse parado esperando a que alguien llegara. Escuchó el repiqueteo de una máquina de escribir y esto le animó a entrar. Tocó con los nudillos de la mano, no lo hizo con fuerza, sino con suavidad, con toquidos que denotaban temor, para hacerlo, fu menester que el costal de ixtle fuera pasado a la mano izquierda, escuchó una voz femenina y aguda que le decía...adelante... y, colocándose la guerrera bajo el brazo, empujó la puerta.

Una mujer morena, de pelo rizado, nariz un poco aguileña e intensos ojos negros, sentada detrás de un escritorio metálico y con una maquina de escribir de color negro marca Rémington frente a ella, sin alzar la vista le preguntó por lo que se le ofrecía...quiero ver al presidente municipal... fu su única contestación. Alzando la vista la mujer lo miró de arriba abajo al tiempo que le indicaba que el presidente municipal no había llegado aún, pero que si quería esperar podía tomar asiento, indicándole una de las sillas ubicadas junto a la pared; sin contestar y dando pasos hacia atrás, se acercó a la silla indicada en la cual se arrayanó colocando entre sus piernas el costal.

Delgado, de gafas oscuras, bigote ralo, piel blanca, labios delgados y un poco jorobado, con el cabello lacio cayéndole en desorden por la amplia frente, el presidente municipal pasó frente al policía sin siquiera fijarse en él, dio los buenos días a su secretaria, se apoltronó en el sillón ejecutivo colocado detrás del enorme escritorio, al tiempo que preguntaba sobre los pendientes. La secretaria tomó una libreta de taquigrafía de su escritorio, la abrió y empezó a dar lectura... firmar cartillas, actas de nacimiento, revisar la nómina, entrevista con el dirigente de los fraccionadotes, comida con el diputado, eso es todo, concluyó,... ¡ha!... el señor oficial Filemón González quiere verlo para no se que asunto, dijo la secretaria al tiempo que volteaba a ver al policía que para esos momentos ya se había puesto de pie. Chasqueando los delgados labios el alcalde llamó al gendarme, quien nervioso avanzó hasta colocarse cerca de una esquina del escritorio, con la mano izquierda sostenía el costal, en tanto que con la derecha saludaba militarmente a su superior... ¿Qué se le ofrece? Inquirió el edil. Con la voz entrecortada y sintiendo de nueva cuenta que el sudor frío le recorría toda la espina dorsal, empezó a rendir su parte:...Con la novedad mi jefe, que el día de hoy a eso de las siete de la mañana, cuando hacía mi rondín por la avenida rayito de sol, en la esquina con la central, allá donde estaba el arco, en los tubos, encontré un muertito y... pos...traía esto, diciendo esto, extrajo del costal el paquete de billetes y los depositó sobre el escritorio...Bien, puede retirarse, yo ordenaré lo conducente para que sea levantado el cuerpo del occiso...contestó a manera de orden el alcalde, al tiempo que abría uno de los cajones del escritorio y depositaba en él el paquete que Filemón le acababa de entregar.

Al día siguiente, cuando Filemón se presentó en la comandancia para que le asignaran su recorrido, recibió la noticia de que por razones de seguridad había sido dado de baja del H. Cuerpo de Policía, y por tanto, podía pasar a la tesorería para que le entregaran lo que le correspondía. Doscientos cincuenta y siete pesos con veinticinco centavos

contenía el sobre que le entregaron, en la parte frontal del sobre amarillo, escritos a máquina se asentaban los conceptos: sueldo 57.75, fondo de retiro 200.00.

Días después, en la fosa común del panteón de San Lorenzo, en lo que a pesar de lo establecido en el acuerdo de creación del municipio de Ciudad Nezahualcóyotl, era considerado y reconocido como territorio del municipio de Chimalhuacán, acompañado de un certificado de defunción y un acta judicial del juzgado de Texcoco, fue enterrado el cuerpo de un desconocido quien falleció oficialmente por hipotermia y había sido encontrado por un policía municipal, del cual se omitía el nombre, en la esquina de las avenidas Rayito de Sol y Central, en el municipio de Ciudad Netzahualcóyotl, Estado de México, el día 3 de febrero de 1964.